

F. R. PALMER (ed.), *Grammar and meaning. Essays in Honour of Sir John Lyons*. Cambridge University Press, Cambridge, 1995; xiii + 265 pp.

Un aspecto novedoso de esta colección de ensayos es que el mismo homenajeado participó en ella, tanto en la selección de autores (y de temas propuestos a cada uno de ellos), como en la elaboración de un artículo, cuyo título coincide con el de la antología, y en el cual Lyons hace un comentario crítico sobre las aportaciones de los otros autores, ya sea para reafirmar su acuerdo con ellos, o para señalar inconformidades o divergencias.

Si bien todos los artículos recogidos entran en el campo de la gramática y el significado, los temas específicos de cada uno de ellos son muy diversos. En el artículo de Lyons, "Grammar and meaning" (pp. 221-249), se presentan tres cuestionamientos que podrían servir como hilo conductor dentro de la obra: "Is the grammatical (and phonological) structure of natural languages determined by meaning (and, if so, how and to what degree)? Is semantics a separate level of analysis on a par with grammar and phonology? Is the structure (grammatical, phonological, semantic) which linguists claim to be describing really part of the language or is it an artefact of their theoretical and methodological decisions?" (p. 229). Cabe señalar, sin embargo, que no todos los autores tratan explícitamente los dos primeros puntos, y en lo que se refiere al último, muchos ni siquiera lo tocan.

Adam Kilgarriff y Gerald Gazdar, en "Polysemous relations" (pp. 1-25) estudian la regularidad y sistematicidad existentes en las relaciones entre los distintos significados que dan los diccionarios para cada palabra. Los autores explican cómo el estudio de la polisemia, durante mucho tiempo descuidado, ha recibido recientemente mayor atención, gracias al empleo de lenguajes descriptivos desarrollados por la lingüística computacional. En el artículo dan una introducción general al lenguaje DATR y luego muestran cómo puede ser usado en el estudio léxico que se proponen.

En "Fields, networks and vectors" (pp. 26-47), Adrienne y Keith Lehrer relacionan ideas de ámbitos diversos: el filosófico y el lingüístico. En concreto, tratan sobre las teorías del significado (o sentido) y de la referencia (o conexión palabra-mundo). En la determinación del sentido y referencia de una proposición influyen muchos factores: ciertos principios pragmáticos, los valores de cada hablante, la vaguedad de algunos términos y el cambio semántico, entre otros. Varios de ellos resultan problemáticos y, aunque se han ensayado diversas soluciones para su manejo (como en la teoría de los prototipos, o en la fijación de la referencia por apelación a los expertos, o por apelación a todos los mundos posibles, y muchas más), éstas no han resultado completamente satisfactorias. Adrienne y Keith Lehrer proponen una teoría del sentido y la referencia que pretende dar cuenta de la complejidad de tales factores,

representando a cada uno de ellos como vectores cuyas fuerzas y direcciones, al sumarse, dan como resultado el sentido y referencia determinados de lo que se dice. Así, “the factors are input vectors which interact to yield the output of reference. The output of reference is a vector that combines with an output vector of sense to yield interpretation” (p. 38). Los resultados vectoriales de los diversos individuos pueden pomearse para determinar cuál es el sentido y la referencia para cada palabra en el ámbito social. Parece ésta una propuesta interesante y, como más adelante comenta Lyons, valdría la pena seguir desarrollándola.

En “Syntax, semantics, pragmatics” (pp. 48-60), Peter Mathews pone en tela de juicio la distinción entre estos tres terrenos de la lingüística y se pregunta si tal división está basada en la realidad o sólo en razones de método. Descubre los orígenes de estas distinciones y señala a los seguidores de Bloomfield como los principales iniciadores de la división sintaxis-semántica, y a Morris como el inventor del término *pragmática*, en 1937. Hace notar que los seguidores de Bloomfield (más que el mismo Bloomfield) pensaban que los niveles de análisis debían mantenerse separados: primero la fonología, luego la morfología, la sintaxis, la semántica y, por último, la pragmática. Para Mathews, todas estas divisiones están basadas en supuestos que no tienen razón de ser ni en el orden de lo real, ni en el del método. Por ello concluye que no está claro por qué habrá de mantenerse la división semántica-pragmática, por un lado, y la división semántica-sintaxis, por otro.

Similares conclusiones muestra, a este respecto, el artículo de Ruth Kempson: “Natural-language interpretation as labelled natural deduction” (pp. 61-89). Partiendo del problema de la ambigüedad del lenguaje, la autora argumenta la necesidad de un modelo de interpretación del lenguaje natural en el que se presente a éste: *a*) como un proceso de construcción de estructuras y *b*) un proceso que tiene como punto de partida datos no determinados. El modelo propuesto por Kempson desvanece las fronteras entre semántica y sintaxis, lo mismo que la línea divisoria entre la facultad del lenguaje y otras facultades cognitivas, en concreto, la facultad de razonar. Así, Kempson abandona el supuesto de que el lenguaje es una facultad “encapsulada”, independiente de las demás, aunque conserva tal “encapsulamiento” en lo que se refiere al lexicón (que funciona como *input* en el proceso deductivo que es la interpretación). Por eso concluye que “In this new light, we can see reasoning itself as a heterogeneous activity taking different forms set within a single liberal framework which allows us to define different local forms of reasoning, even mixed modes of reasoning, each a subpart of a global reasoning framework” (p. 86).

Muy distinta a la postura de Kempson es la de Stephen Levinson, quien además de afirmar la distinción entre semántica y pragmática (si bien no como distinción descriptiva de las lenguas, sino sólo metodológica) marca dónde se encuentra la frontera entre ambas. En su aporta-

ción a esta antología, titulada “Three levels of meaning” (pp. 90-115), Levinson defiende la distinción creada por Lyons –y después descalificada por su mismo creador– entre clases de actos de habla y muestras de actos de habla. Para Levinson, la base de la división entre semántica y pragmática se encuentra en la distinción entre el sentido que tienen las oraciones y el sentido que aportan los ejemplos o muestras de actos de habla en situaciones determinadas; esto es, la distinción entre sentido de la oración y sentido del enunciado.

En “Does spoken language have sentences?” (pp. 116-135) Jim Miller analiza las estructuras que se presentan en el lenguaje escrito y las del lenguaje hablado. Al exponer las dificultades que se dan al tratar de aplicar la noción de “oración” en el lenguaje hablado, hace ver por qué “many linguists working on spoken language abandon the sentence as an analytic unit” (p. 116). Miller propone, en su lugar, la noción de “cláusula”. El argumento central de Miller para dudar de la existencia de oraciones en el lenguaje hablado (al menos en inglés) es que es sumamente difícil localizarlas en él, especialmente si se trata de un habla espontánea, no planeada, *versus* un lenguaje previamente planeado, donde generalmente ejercen influencia las estructuras del lenguaje escrito.

Peter Trudgill, en su artículo “Grammaticalisation and social structure: Non-standard conjunction-formation in East Anglian English” (pp. 136-147), analiza dialectos rurales del este de Inglaterra que presentan un fenómeno de regramaticalización de ciertos sustantivos, verbos y adverbios como conjunciones. Sin negar la posible influencia de factores de índole semántica, sintáctica o pragmática en los procesos de gramaticalización, Trudgill sugiere que en los casos analizados en el presente artículo la regramaticalización se debe a una reducción fonológica acompañada de la omisión de material léxico antes asociado con los términos en cuestión. Aunque el autor basa sus estudios en los dialectos ya mencionados, deja claro que el fenómeno que analiza no ocurre sólo en ellos, ni sólo en dialectos de poblaciones rurales pequeñas, pero que sí es mucho más común en comunidades de este tipo que en las urbanas. Lo anterior se debe –dice Trudgill– al tipo de estructura social de estas comunidades, así como a su poco contacto con el exterior. Para apoyar su tesis alude al hecho de que las conjunciones originadas por los fenómenos aquí estudiados se encuentran predominantemente en los antiguos dialectos rurales, mientras que tienden a desaparecer en los hablantes más jóvenes que viven en las ciudades y han tenido una mayor movilidad geográfica.

En “German Perfekt and Präteritum: Speculations on meaning and interpretation” (pp. 148-161), Bernard Comrie analiza la distinción entre estas dos formas verbales del alemán, las dos más usadas para referirse al pasado. Su análisis se caracteriza por tratar de delimitar cuál es la aportación que hace la pragmática, por un lado, y la semántica, por otro, a la interpretación de una forma lingüística. Encuentra que, desde

el punto de vista semántico, los tiempos verbales analizados pueden entenderse de distintas maneras, y son principios pragmáticos –como el de relevancia– los que permiten seleccionar, con base en el contexto, una interpretación determinada. De esta manera Comrie, a diferencia de otros autores de esta antología, presenta la distinción semántica/pragmática como necesaria –al menos metodológicamente– para la tarea del lingüista.

John Anderson, en “The possessed” (pp. 162-174), analiza las nociones de concordancia y de rección o gobierno. Retoma la distinción que entre una y otra establece J. M. Anderson: “While concord is triggered by a dependent, rection is determined by the governor” (p. 163). Posteriormente, trata de aplicar en el terreno de los posesivos las nociones de rección y concordancia, para mostrar los problemas o, inclusive, las contradicciones que pueden surgir cuando rección y concordancia se entienden de la manera antes descrita.

R. M. W. Dixon, en su artículo “Complement clauses and complementation strategies” (pp. 175-220), distingue dos subclases de verbos primarios: *a*) Verbos que describen acciones o estados que se refieren sólo a cosas; su espacio para sujeto y objeto tiene que llenarse con frases sustantivas (por ejemplo, *Él comió pastel*); *b*) verbos que describen acciones o estados que pueden referirse bien sea a cosas, bien sea a otras acciones o estados (por ejemplo, *Él describió la corrida de toros* o *Él describió cómo Juan domó al toro*). Es decir, los espacios para objeto y sujeto de los verbos primarios tipo *b*) pueden llenarse con frases nominales o con cláusulas completivas. Dixon analiza qué medios gramaticales emplean las lenguas (en especial estudia el inglés, fijiano y dirbalo) para relacionar los verbos primarios tipo *b*) con los verbos a los cuales hacen referencia; señala como recurso más usado el tener en una oración compleja dos cláusulas distintas unidas ya sea: *a*) en forma de construcciones coordinadas; *b*) de cláusulas completivas, o *c*) como cláusulas relativas. Dixon sugiere que es un fenómeno universal el que “for languages which have complement-clause constructions there are always at least two possibilities: a ‘potential (irrealis)’ type, typically referring to something that has not happened but which people want or intend should happen (as in ‘I want to go’); and an ‘actual (realis)’ type, typically referring to some existing or certain event or state (e.g. ‘I remembered that he had gone’)” (p. 183). En el desarrollo de su trabajo, Dixon intenta probar la tesis de que en aquellas lenguas que no cuentan con cláusulas completivas existen otras estrategias de complementación que semánticamente cumplen la misma función. Aun cuando las construcciones gramaticales de las lenguas sean muy diversas, pueden expresar contenidos semánticos similares: “Grammar exists to code meaning” (p. 175), así Dixon logra resaltar la mutua dependencia entre gramática y semántica.

En “Grammar and meaning” (pp. 221-249) Lyons hace un relato autobiográfico de su pensamiento y una reexposición de sus ideas, con

algunos comentarios críticos a los otros artículos de la antología. Lyons resalta la influencia que tuvieron autores como J. R. Firth, Allens y Robins en el desarrollo de su propia concepción sobre la relación entre gramática y significado. ¿Qué son la gramática y el significado? Sin pretender agotar el tema, Lyons señala que: *a)* la palabra *gramática* es ambigua; lo mismo puede referirse a lenguas que a descripciones de lenguas. Por su parte, la palabra *significado* no es ambigua: suponiendo que haya tal cosa como un significado dentro de la lengua, a lo que está dentro de la lengua se le llama *significado*, pero a la descripción de tal significado, *semántica*; *b)* el hecho de que exista la palabra *significado* no implica que exista una substancia o entidad extralingüística a la cual denote. Aquí Lyons reconoce la influencia de Quine, para quien el significado de “significado” es sincategoremático; *c)* la palabra *gramática* la empleará en su sentido tradicional, es decir, aquél en el que se usa *gramática* en contraste con *fonología*, ‘estudio de los sonidos en una lengua’ y con *semántica*, ‘estudio del significado’. En lo que se refiere a los tres cuestionamientos planteados por Lyons, señala que sus opiniones acerca de cada uno de ellos no han cambiado sustancialmente con el tiempo.

¿Determina el significado la estructura gramatical y fonológica de los lenguajes naturales (y de ser así, en qué medida)? Según Lyons, el significado determina en un grado considerable a la gramática, pero no completamente (al menos, no en las lenguas naturales). En la descripción de lenguas, hay que tratar de relacionar gramática y semántica, pero sin suponer que la una está completamente determinada por la otra. Lyons alude a la idea de Firth sobre la congruencia de niveles y dice que ésta garantiza el que “analyses of the grammatical structure of a language that are based on semantic principles and grammatical analyses of the same language that are based on the principle of the separation of levels will be interconvertible” (p. 233).

Con respecto a la segunda cuestión —¿es la semántica un nivel de análisis separado del gramatical y fonológico?—, Lyons confiesa haber abandonado su antigua postura de que el análisis semántico debe ser precedido por un análisis gramatical completo al margen de consideraciones semánticas. No es que rechace la distinción de niveles, pero piensa que ésta no necesariamente refleja la realidad psicológica, sino, más bien, las decisiones metodológicas de los lingüistas. Es más, ni siquiera cree metodológicamente necesaria la distinción, aunque sí justificable, por permitir “a more systematic and more elegant account of the linguist’s data” (p. 231).

Por último, ¿las estructuras empleadas por los lingüistas al estudiar el lenguaje son realmente parte de éste, o más bien, meras construcciones o artefactos metodológicos? Lyons se da cuenta de que la mayoría de los lingüistas contestaría diciendo que sus estructuras son realmente descriptivas del lenguaje; la respuesta de Lyons, sin embargo, es que son sólo construcciones de modelos, ficciones teóricas. No obstante, señala, es-

to no implica una ruptura radical con quienes opinan lo contrario, pues lo que ellos proponen como hechos puede muy bien reinterpretarse como ficción y, de esta manera, utilizar sus conclusiones sin necesidad de aceptar sus premisas.

*Grammar and meaning* ofrece una amplia visión de los temas y la problemática de la semántica de hoy en día, y la concurrencia de posturas o enfoques diversos –incluso opuestos– que en ella se da, brinda al lector valiosas herramientas para un análisis crítico. La variedad de temas tratados por los ensayos origina cierta dispersión, pero ésta se mitiga gracias al artículo “Grammar and meaning”, donde se reúnen todos los otros en una visión de conjunto, a la vez que se establece un “diálogo” entre Lyons y el resto de los autores, lo cual proporciona a esta colección de ensayos un rasgo adicional de interés.

GRACIELA FERNÁNDEZ RUIZ

TALMY GIVÓN, *Functionalism and grammar*. J. Benjamins, Amsterdam-Philadelphia, 1995; xvii + 486 pp.

¿Por qué el código estructural llamado “sintaxis” es como es? ¿Qué es lo natural en él? ¿Cómo está determinado por el entorno comunicativo o por el contexto sociocultural, cognitivo o biológico en el que se ha producido? Estas preguntas, reiteradas explícitamente, atraviesan el libro *Functionalism and grammar*, cuyos capítulos constituyen un recorrido teórico y analítico que intenta darles respuesta sin eludir ninguno de los problemas y discusiones teórico-metodológicos que van surgiendo en el camino, aunque el debate signifique autocríticas dolorosas y no resulte siempre lo fructífero que se promete.

Givón, junto a muchos de los llamados lingüistas funcionalistas, parte de la siguiente premisa: “El lenguaje no puede ser descrito ni explicado adecuadamente como un sistema autónomo”. Así, los parámetros que comparten el lenguaje y la gramática: cognición y comunicación, interacción social y cultura, cambio y variación, adquisición y evolución serán abordados directa o indirectamente, a lo largo del libro, ya sea como aspectos problemáticos o como argumentos para la comprobación de sus hipótesis. Por el mismo motivo, no puede dejar de establecer un paralelo permanente con los estudios biológicos sobre el funcionamiento y la estructura del cuerpo humano.

Quizá habría que destacar, como preocupación explícita del autor, las fuertes críticas que formula al pensamiento reduccionista, particularmente aquel que tiene lugar dentro de los estudios funcionalistas, ya que, sostiene, se corre el riesgo de caer en una caricatura de los lingüistas chomskianos y de perder la perspectiva de estudio del lenguaje como